

El diente de la ballena

Tres viajes nómadas a los confines
de América, África y Asia

Chema
Rodríguez

on the road

VARASEK EDICIONES | VIAJES

Índice

Prólogo del autor a esta edición	11
Prólogo de Manuel Leguineche a la primera edición (1999)	15
Prólogo de Javier Reverte a la primera edición (1999)	17
El diente de la ballena	21
El sueño del peyote	23
Nueva Orleans: libertina, transgresora, diabólica...	26
Un médium ectoplasmático	29
Jeep y Moo	32
Tócala otra vez, Jasbo	38
La estatua de Gálvez	42
<i>Razz Razz for president</i>	48
“Al oeste, siempre al oeste, joven americano”	53
“México: en la frontera del caos”	62
La ciudad de los imecas	67
El Compadre	70
ETN <i>Airlines</i>	77
Por fin en la Sierra Madre	81
Un <i>teiwari</i> en San Andrés	84
Las Guayabas	94
La caza del venado	97
Fiesta de elotes	99
Doce uvas	103
Descenso al infierno	105
El cambio de varas	112
A orillas del Níger	125
La puerta de África Occidental	127
El tren educativo	131
“El Níger... tan ancho como el Támesis en Westminster”	144
Los africanos llegaron antes que Colón	147
El bar Bozo	152
Pama Simatoa	159
Los genios del agua	164
Tombuctú: Andalucía en el Níger	174
Un pueblo del Oeste	182

Niamey es territorio bororo	193
El espacio de los nómadas	196
Sensación de frontera	202
¿Dónde están sus mujeres?	205
La princesa muerta	208
Tres mejor que dos	212
La imposición del nombre	216
Cambio de campamento	220
La fiesta del Gerewol	223
Hijos del Gran Kan	229
Un verano moscovita	230
Cementerio de Novodevichi	234
La Plaza Roja	239
Un billete y un visado	243
El Transiberiano	246
<i>“Russkaya, Russian vodka”</i>	250
Siberia es catalana	252
El lago Baikal	256
<i>Pax Mongolica</i>	260
Mongolia: el nuevo tigre asiático	262
El Gobi no es un desierto	267
“Imagino que sabrá usted cabalgar”	268
El lago Housgul	271
Patatas con espaguetis	275
Los campamentos darhat	278
Tsagan Nuur: el lago blanco	283
Los últimos pastores de renos	288
Los tsatan	292
Cielo azul	294
“...Estuve en mi casa todo el tiempo”	299
Epílogo	303
Agradecimientos para esta edición	305

Ve y mira más allá de los montes. Hay algo perdido más allá de los montes. Algo perdido que te aguarda. ¡Ve!

Rudyard Kipling

El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir.

José Saramago

Desde aquí arriba no se ven las fronteras.

Pedro Duque

Prólogo del autor a esta edición

El diente de la ballena es un libro que publicó El País Aguilar en 1999. Como rezaba el antetítulo de aquella edición, se trataba del relato de tres viajes nómadas a los confines de América, África y Asia. Era un libro que seguía la estela del éxito literario de Javier Reverte y su serie africana. De hecho, vio la luz gracias a la inconsciencia de Reverte, que cometió la osadía de pedirme que le presentase el libro *Vagabundo en África* en la librería Altaïr de Madrid. No recuerdo lo que dije, y espero que él tampoco. Fue un jueves por la noche y el viernes por la mañana me llamó su editor, Adolfo García Ortega. “Me ha dicho Javier que estás escribiendo un libro de viajes...”, me preguntó. “Bueno, eso quiero. Sólo tengo treinta páginas... son tres viajes y aún me falta uno...”, contesté. “¿Cuándo puedo leer lo que tienes?”. Vivía entonces a unos cientos de metros del edificio de la editorial, nos separaba tan sólo la M30. Creo que batí el record del mundo de cruce de autovía con original bajo el brazo. En siete minutos y medio, Adolfo tenía delante los treinta folios, que leyó en mi presencia. De vez en cuando, levantaba la cabeza y me miraba muy serio. El relato, sin alcanzar la mordacidad de Groucho ni la ironía de los cuentos de Woody Allen, pretendía ser divertido. Pero a Adolfo no le estaba haciendo ni puñetera gracia. Ante sus miradas inquisidoras yo sonreía con la certeza de haberla cagado. ¿A quién se le ocurría jugársela con un texto en esas condiciones? Sólo a un novato impaciente. Al terminar con la última página, García Ortega seguía sin expresar ningún sentimiento digno de mención. A mí, al menos, ya me había desaparecido la estúpida mueca de la cara. Los dos estábamos serios. “Necesito trescientas páginas como éstas, y las necesito para diciembre como muy tarde. ¿Puedes hacerlo?”. No podía. El verano se echaba encima, en julio me marchaba a Mongolia para realizar el último viaje y no empezaría a escribir ese relato y los dos anteriores hasta finales de septiembre. Tendría sólo un par de meses para redactar doscientas setenta páginas. “Cuenta con ellas”, le dije. Viajé, volví y me encerré en una habitación en la que dormía, comía y escribía sin parar. Engordé seis kilos. Sólo salí de allí para ir al baño, y la calle la pisé en apenas media docena de ocasiones.

Así fue como, producto de una mezcla de osadía e inconsciencia, logré publicar mi primer libro. Y no es una mala fórmula, más bien al contrario. Ha dado resultados siempre extraordinarios. Es una fórmula que ha inspirado a los mayores cenutrios de la historia y también

a empresas fantásticas, aventuras que guiadas por el álgebra y la geometría jamás se hubiesen producido. La mía no era una empresa fantástica, más bien la de un cenutrio que había alcanzado los rincones más recónditos del planeta viajando en solitario y viviendo de la hospitalidad de la gente. La idea era muy sencilla: si alguien como yo puede llegar hasta allí, cualquiera puede hacerlo. Y quería contarlo con sencillez y sentido del humor. La vida es un drama disfrazado de comedia y el relato de viajes una forma como otra cualquiera para expresarlo.

El libro salió a la venta pocas semanas después de mi retiro monástico y fue un éxito relativo: se vendieron un par de ediciones de pasta dura más otra de bolsillo en un tamaño lo suficientemente grueso como para calzar sin problemas cualquier tipo de electrodoméstico. Los amigos me alabaron, los críticos me ignoraron y, como es ley de vida literaria, pocos meses después, el libro dormitaba el sueño de los olvidados en el fondo de las estanterías menos transitadas de algunas librerías. Su muerte fue tan lenta y segura que no llegó ni a ofrecerse por tres euros en las cestas de los VIPS. Nunca lo encontré en la Cuesta de Moyano ni en las librerías de segunda mano de Madrid o Barcelona. Sólo lo veía en casa de mi madre o en la de algún amigo compasivo que lo sacaba a la luz cuando iba a visitarlo. Bueno, miento, una vez observé a una chica en el metro leyéndolo. La acompañé de incógnito durante media docena de estaciones y, al igual que Adolfo García Ortega, no se rió ni una sola vez. Quizás no era tan chisposo como decían los amigos.

Unos años después me llamaron de la editorial para comunicarme que tenían en su bodega varios cientos de ejemplares y que estaban obligados a hacerme saber que próximamente procederían a destruirlos. Sabía que esas cosas pasaban, pero me resistí con vehemencia. Pedí que me los diesen. Se negaron. El argumento era paradójico. Si me los daban, podría venderlos, aspecto que no figuraba en las reglas del juego. Mi intención no era ésa, pero la mínima posibilidad de que ocurriese les ponía los pelos fiscales de punta. Preferían acabar con ellos a que yo les diese cualquier tipo de vida. Me imaginé a García Ortega, buen novelista y mejor tipo, y sus secuaces, disparando uno a uno a cada ejemplar de *El diente de la ballena*. Pude salvar del pelotón de fusilamiento cien libros que he ido regalando con cuentagotas a lo largo de estos años. Aquel asesinato premeditado y alevoso, desconozco si fue nocturno o diurno, tenía, al menos, un perfil positivo: podía recuperar los derechos y hacer con el texto lo que

me diera la gana. Y eso estoy haciendo ahora, lo que me da la gana: volver a editarlo, sin presiones, sin objetivos, como excusa para recuperar un tiempo y unos viajes que se han instalado en mi memoria como el tiempo y el espacio que representan la felicidad. Después, he realizado docenas de viajes, otros libros y algunas películas con el viaje siempre como punto de referencia, pero ninguno me ha provocado la sensación de libertad de aquellos tres. Eso sí, aunque no soy supersticioso, sigo viajando con mi diente de ballena en la mochila. Una vez lo olvidé y estuve a punto de perder el avión ante la necesidad de regresar a casa a por él. Aquí os dejo vuestro diente de ballena, el de papel. Y, por favor, si alguien ve a García Ortega, dígame que siempre le estaré agradecido por premiar la osadía y la inconsciencia de un cenutrio que vive a impulsos de entusiasmo. En el fondo, y aunque no se ría, Adolfo es también un niño obligado a jugar con las reglas de los adultos.

Chema Rodríguez

Prólogo de Manuel Leguineche a la primera edición (1999)

La película *El tesoro de Sierra Madre* que vi de niño me dejó una huella muy profunda. Entre la vida real y el tesoro de aquella remota sierra, elegí el misterio, la fantasía, la magia que rezumaba la novela de Traven que Huston trasladó en 1948 a la pantalla. Poco pude saber del autor de la novela, ser huidizo y especializado en borrar pistas. Chema Rodríguez ha llegado hasta allí, superando con ello mis expectativas de viajero y de recuperador de sueños de la infancia. Le he dejado esa tarea de Sierra Madre a Chema y es favor que le debo. Porque aun cuando su peripecia poco tenga que ver con la que viven los personajes de la película de John Huston, el destino y las ambiciones de los hombres se disuelven como el polvo de oro en la arena; desvela algunas de las claves geográficas y humanas del territorio de mis inquietudes. Pero el autor extiende, como verán, toda esa serie de promesas de la sierra mexicana a la geografía africana y asiática, del Asia central. Ha hecho muy bien Chema al elegir el escenario de sus vivos retratos. Doy por hecho que su propósito no era otro que el de tocar la tecla tricontinental, vivir en su piel una experiencia representativa. Eso es lo que nos ha transmitido con palpitante latido, con visión de humanista y con vigor narrativo.

En este tipo de libros es esencial el sentido de la medida, de modo que el autor huye del personaje, de la secuencia, de la anécdota, de la descripción, de la historia en cuanto intuye que puede causar fatiga, hartura, tedio. Así es como *El diente de la ballena*, que arrastra un aliento de Melville, permite al autor afrontar con ventaja y aprovechamiento la incursión en mundos que creíamos perdidos. Chema no nos ha largado un sermón antropológico, ni etnográfico, ni viajero, ni histórico o geopolítico, aunque de todos esos y otros elementos está construido el cañamazo del libro. El autor pasa, disfruta, se mece en su peripecia, nos trae y nos lleva por una galería de paisajes y personajes tratados con precisión y ternura. Este ha sido unos de los méritos del libro, que nos hemos dejado mecer, que nos hemos dejado llevar. De Nueva Orleans, de Louis Armstrong a Gengis Kan, a Tombuctú, la ciudad remota y perdida de la que Lord Byron escribió en *Don Juan*: “Es un sitio impracticable, donde la geografía no encuentra a nadie que la obligue...”.

Cabalgamos al lado del autor desde Sierra Madre hasta Mongolia, de las estepas al río Níger. Descubrimos de esta manera, o redescubrimos, que el mundo es una misma cosa, por mucho que cambien los escenarios, los decorados, los detalles, los amuletos o las razas.

Partir es vivir, viajar es disfrutar, conocer a los demás y conocernos mejor a nosotros mismos. Con esa intención ha descendido el autor en sus tres escalas, sin afán de editorializar, de deslumbrar, de dar una lección de lejanía y exotismo. Es algo que hay que agradecerle en el tránsito y la convivencia del ayer y el hoy. Ha sido tarea del lector sacar algunas conclusiones porque el viajero partió de Nueva Orleans ya no en busca del Santo Grial sino del fuego sagrado de la humanidad con la comprensiva mirada del que quiere sobre todo vivir, contar. Un día le preguntaron a Hemingway cuál era el mensaje de tal o cual novela suya: “Cuando quiero enviar un mensaje –replicó el autor de *El viejo y el mar*– mando a mi mayordomo a Correos y Telégrafos”. Todo lo que ha querido hacer el autor es recoger esa dualidad entre el presente y el pasado y que cada uno juzgue según la cultura de las emociones que brotan de la aventura. O sea, viaje a flor de piel para descubrir al hombre por muy alejado que esté de nuestro entorno o por muy distinto que sea su código de valores. Chema nos demuestra que hacemos mal en mirarnos al ombligo, que ver a los demás de cerca metidos en sus sueños, cabalgadas, alucinaciones, leyendas y costumbres nos ayuda a conocernos mejor a nosotros mismos.

Manuel Leguineche

Prólogo de Javier Reverte a la primera edición (1999)

Viajar es un arte que supone paciencia, mirar el tiempo sin agobios y una cierta discreción en el trato con las gentes del camino. Hablo ahora del viaje que uno emprende en solitario y, más en concreto, de un viaje con propósitos literarios. No son buenas las prisas cuando vas con el morral al hombro y un bolígrafo y un cuaderno en los bolsillos. Hay que estar dispuesto a quedarse en algunos lugares más tiempo del que preveías al hacer tus planes, e incluso desviarse hacia rumbos que no imaginabas. Y la gente, sobre todo la gente. Uno puede buscar paisajes o escenarios históricos e, incluso, monumentos artísticos para escribir sobre ellos. Pero al final, cuando regresas, lo que resuena más que nada en tus oídos son voces humanas. Los libros de viajes sin hombres no suelen ser buenos libros.

Este *El diente de la ballena*, de Chema Rodríguez, tiene esos ingredientes tan imprescindibles en un viaje literario. Y por eso es un libro notable en la literatura viajera de nuestros días.

La juventud de su autor –¡treinta y dos años, puñetero Chema!– no le ha impedido contemplar el tiempo con serenidad y echarle las horas que hubiera que echarle al asunto para que el viaje, y el libro posterior, no se convirtieran en un guirigay de encuentros y de idas y venidas por esos mundos, lanzado a toda máquina. Chema ha viajado muy lejos y ha escrito la crónica de tres pequeños lugares escondidos en tres continentes, tres microcosmos perdidos en el ancho planeta que su pluma nos pone delante. Se ha desplazado en trenes, autobuses, barcos, caballos e incluso a pie; y ese caminar sin prisas nos permite viajar con él, sentir el traqueteo del tren debajo de nuestros asientos mientras recorreremos las estepas rusas, oler las aguas del Níger desde la borda de un barco, notar el escozor del trasero cabalgando por Mongolia y temblar un poco ante el riesgo de despeñarnos por una barrancada mexicana.

Pero lo mejor del libro, en mi opinión, es que acaba por traicionar sus principios. Me explico: Chema buscaba llegar a tres microcosmos de la Tierra para contarnos los ritos, las tradiciones, el folclor y los hábitos de tres etnias concretas. Era un viaje de propósitos antropológicos, tan a la moda en nuestros días. Y al llegar a los lugares anhelados, el interés, por decirlo así, “cientí-

fico” de nuestro joven escritor se ha ido diluyendo, la mirada del viajero ha cambiado. Ya no le importa tanto, desde el primer viaje a México, averiguar qué es un huichol, cuáles son sus costumbres y tradiciones, como saber quién es el hombre que tiene delante. La humanidad de la gente se impone sobre cualquier consideración étnica o antropológica. Los hombres empiezan a importarle a Chema por valores estrictamente humanos. Y los retrata por su nombre y apellidos, ya nunca desde el prisma de la tribu.

Un viaje es bueno si te cambia, y un libro de viajes es bueno si haces notar al lector esa transformación. Con su diente de ballena como talismán en un bolsillo, Chema Rodríguez ha tenido suerte: porque ha mirado en el fondo de los hombres dejando a un lado sus trajes regionales; porque ha tenido el acierto, al escribirlo, de hacernos sentir ese cambio de punto de vista. El último de los tres viajes, por las tierras desoladas y salvajes de Mongolia, afirma ya con rotundidad esa transformación del escritor. Y su piedad, ante las miserables condiciones de vida de las gentes de aquellos lejanos territorios, despide con una patada en el trasero al antropólogo que inició el camino. Cuando la piedad ante el dolor ajeno se sobrepone a la curiosidad científica, nace el escritor viajero. Nunca de la otra manera.

Es el camino que se abre delante de este joven trotamundos, y es el que ya no debe abandonar en próximos trabajos. En *El diente de la ballena*, Chema no ha hecho tres viajes, sino que tres largos viajes le han hecho a él. Y lo ha contado bien. Que no decaiga.

Javier Reverte